

ORACIÓN

Queremos, Señor Jesús, escucharte en tu Palabra.
Y escuchándola, sintonizar con tu corazón de Hijo confiado en el Padre del cielo, aprender a orar Contigo, a esperar con paciencia activa, a amar y a perdonar sin cansarnos.
Saber una y otra vez cuánto te importa cada hombre y cada mujer, cuánto te interesa nuestra propia paz y felicidad.
Enséñanos, Jesús, Señor y Hermano nuestro, a conocerte a través de tu evangelio. ASI SEA.

TEXTO

MARCOS 12,35-44

«³⁵Y, respondiendo, **Jesús** decía enseñando en el Templo: “¿Cómo dicen **los escribas** que **el Cristo es hijo de David**? ³⁶David mismo dijo en el Espíritu Santo: ‘Dijo **el Señor** a **mi señor**: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies’. ³⁷David mismo lo llama **señor**, ¿cómo es entonces hijo suyo?”.

Y **mucha muchedumbre** lo escuchaba con agrado.

³⁸Y en su enseñanza decía: “Guardaos de **los escribas** que gustan de pasear con largas vestiduras, de los saludos en las plazas, ³⁹de los primeros asientos en las sinagogas y de los primeros divanes en los banquetes, ⁴⁰que devoran las casas de las viudas haciendo largas plegarias como pretexto; estos recibirán la más dura condena”.

⁴¹Y, sentado frente al tesoro, veía cómo **la muchedumbre** echaba monedas en el tesoro; y muchos ricos echaban mucho;

⁴²y, llegando **una viuda pobre**, echó dos ochavos, es decir, un cuadrante.

⁴³Y, llamando a sí a **sus discípulos**, les dijo: “En verdad os digo que **esta viuda pobre** echó más que todos los que echaban en el tesoro; ⁴⁴porque todos echaron de lo que les sobraba, pero esta de su necesidad echó todo cuanto tenía, toda su vida”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (12,35-37)

- Jesús continúa su ofensiva contra los escribas que se le oponen, mostrando en primer lugar el error de sus opiniones sobre el mesías (12,35-37) y denunciando luego su rapacidad e hipocresía (12,38-40). El pasaje presente está estructurado quiásticamente alrededor de la cita del Salmo 110,1, en cursiva:

12,35a	Y, respondiendo, Jesús decía enseñando en el Templo:	A
12,35b	“¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es Hijo de David?”	B
12,36a	David mismo dijo en el Espíritu Santo:	C
12,36b	<i>‘El Señor dijo a mi señor: Siéntate a mi derecha</i>	
12,36c	<i>hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies’.</i>	D
12,37a	David mismo lo llama señor,	C’
12,37b	¿cómo es entonces hijo suyo?”.	B’
12,37c	Y mucha muchedumbre lo escuchaba con agrado.	A’

La parte externa, AA', proporciona el marco narrativo de la enseñanza de Jesús y BB' afirma la naturaleza problemática de la filiación davídica. CC' explica el problema: la filiación davídica contradice lo que «David mismo» dijo sobre el mesías. La D, el centro del quiasmo, reproduce las palabras específicas bíblicas que crean la contradicción.

- 12,35-37: El pasaje anterior había terminado con los interlocutores de Jesús silenciados por este. Este silencio habla a raudales sobre su autoridad, que ha estado en discusión desde 11,27. Ahora Jesús responde («respondiendo») al silencio de sus interlocutores con una prueba bíblica de que el mesías es el señor de David. Esta prueba es relevante para la cuestión de la autoridad de Jesús, porque al menos para los lectores de Marcos Jesús es el mesías, por lo que cualquier declaración sobre el mesías es *ipso facto* una declaración sobre Jesús.

El monólogo de Jesús tiene lugar cuando enseñaba en el Templo (12,35a), una especificación significativa. Existía un nexo tradicional entre Jerusalén, el Templo y la llegada del mesías davídico, del que se esperaba no solo que purificara a Jerusalén de sus contaminaciones a causa de los paganos y de que restaurara el Templo, sino también que fuera un expositor profundo de la palabra de Dios. Dentro del relato marcano, Jesús ha entrado ya en triunfo en Jerusalén, ha sido aclamado como la vanguardia del reino restaurado de David y ha afirmado su autoridad mesiánica sobre el Templo con un acto de apropiación y purificación simbólicas (11,1-18). Hasta ahora, por tanto, las acciones de Jesús en Jerusalén y el Templo se han conformado a un paradigma tradicional mesiánico.

Esto hace aún más sorprendente lo que ocurre después: Jesús parece continuar la ofensiva, no contra los paganos, sino contra los escribas judíos que enseñaban que el mesías es «el Hijo de David» (12,35b). El monólogo de Jesús comienza y termina ahora con una pregunta encabezada por un «cómo» que se interpreta naturalmente como una negación. El siguiente esquema parece ser el único que hace justicia a la progresión del argumento:

Los escribas llaman a Cristo *Hijo* de David, dando a entender que David es su padre, pero David mismo llama a Cristo su señor. Ningún padre llama «señor» a su propio hijo; por tanto David no es padre de Cristo, y Cristo no es hijo de David.

Jesús emplea un método exegético judío tradicional: el establecimiento de la inferioridad de un personaje bíblico respecto a otro por la ingeniosa yuxtaposición de tradiciones bíblicas. Pero el resultado es innovador, ya que la oposición entre el mesías y el linaje davídico contradice expectativas mesiánicas no solo judías, sino también del Antiguo Testamento mismo, el cual afirma que habrá en el futuro un vástago de David -posteriormente llamado mesías, o «ungido»/«cristo»- que restaurará la interrumpida dinastía de David. Además, en fuentes cristianas distintas a nuestro pasaje, se afirma que Jesús es descendiente de David. Así pues, más que la pregunta formulada en realidad por Jesús, uno podría plantear la pregunta contraria: ¿Cómo puede él dar a entender que el mesías no es hijo de David?

Para Marcos la identidad de Jesús no se define tanto por su relación con David como por su relación con Dios. Es revelador que cuando Jesús utiliza el Sal 110,1 para establecer la inferioridad de David respecto al mesías, cita algo más del salmo de lo que estrictamente precisaba para ese objetivo, añadiendo la imagen «del Señor» que dice a «mi señor» que se sienta a su diestra hasta que haya sometido a sus enemigos (12,36bc). Sentarse a la diestra de una divinidad implica la coregencia con ella. Así pues, «mi señor» se halla en una relación de casi igualdad con Dios, y Marcos deduce de ello que Jesús no es (solo) el Hijo de David, sino (también) el Hijo de Dios. Tal deducción está de acuerdo tanto con la continuación del Salmo 110 en la Biblia griega de los LXX, que habla de una generación divina (Sal 110,3 [109,3 LXX]), como con el paralelo en Rom 1,3-4, que habla del mesías davídico como Hijo de Dios.

Es significativo además que aquí, como en otros puntos de su relato, Marcos yuxtapone el entusiasmo de la muchedumbre hacia Jesús a la oposición de sus dirigentes (cf. 1,22; 2,6-7.12; 3,20.22; 8,1-12; 11,18; 12,12; 14,2). La gente común se pasa al lado de Jesús y lejos del de los escribas. En el siguiente pasaje Jesús corresponderá a este apoyo popular denunciando la despiadada explotación del pueblo por parte de los escribas.

SEGUNDA UNIDAD (12,38-40)

➤ Tras refutar las ideas de los escribas sobre el pedigrí del mesías (12,35-37), Jesús impugna ahora a estos personajes acusándolos sin rodeos de opresión e hipocresía. La perícopa consiste en tres secciones, de extensión decreciente. Primera: hay una descripción en cuatro partes de cosas que gustan a los escribas (trajes, saludos, asientos selectos en las sinagogas, divanes preferentes en los banquetes: 12,38b-39). Después viene una descripción en dos partes de sus actividades infames (devoran los recursos de las viudas enmascarando su rapacidad con la oración: 12,40a). Finalmente, una frase concisa profetiza su condena escatológica (12,40b). Y así como las secciones se van haciendo cada vez más breves, el tema se torna cada vez más negro: de la preocupación frívola por cosas externas (12,38b-39) a la opresión y la hipocresía (12,40a), y de ahí a la perspectiva de un juicio severo (12,40b).

➤ 12,38-40: La primera parte de la condena de los escribas por parte de Jesús se centra en su preocupación, llena de vanagloria, por la parafernalia de un estado de élite: largas vestimentas, saludos públicos, y los «primeros» asientos en los oficios sinagogales y en los banquetes (12,38b-39). En una sociedad greco-romana *consciente del honor*, tales distinciones serían signos importantes de alto estatus, pero en el contexto marcano son reos de la sentencia divina: en el reinado de Dios, en el final de los tiempos, los primeros (*protoi*) serán los últimos (cf. 10,31). Así pues, el vocablo «primeros» es ya un presagio de la sesión del tribunal escatológico al final del pasaje (12,40b).

La razón de este duro juicio queda clara en 12,40a, donde Jesús arranca la máscara de respetabilidad de los escribas para revelar la brutal realidad, incluso demoníaca, que hay debajo. Este *contraste entre el aspecto y la realidad* queda reforzado por la transición desde los «banquetes», al final de 12,39, hasta el «devoran», al principio de 12,40; mientras que el primer vocablo sugiere una comida ordenada y civilizada, el segundo implica el tipo de asalto voraz sobre el alimento típico de los animales salvajes. Los pilares mismos de la sociedad, los hombres que se distinguen como tales por la vestimenta y por la aprobación universal, se revelan como explotadores demoníacos del desvalido que utilizan la oración como medio para velar sus asaltos.

La acusación concreta contra los escribas es que «devoran las casas de las viudas» (12,40a). La referencia a las viudas evoca un rico fondo veterotestamentario, cuya mayor parte es relevante para nuestro pasaje. Las viudas, con los huérfanos, los extranjeros residentes y los pobres en general son mencionados a menudo en el Antiguo Testamento como objeto de especial preocupación por parte de Dios, ya que no tienen los sistemas de apoyo habituales de la sociedad. Su bienestar, por tanto, es un encargo sagrado de la divinidad, y violarlo, por ejemplo estafándolos, es un crimen especialmente atroz (cf., por ejemplo, Jr 7,6-7; Ez 22,7; Zac 7,10-14; Mal 3,5). Además, puesto que la casa de la viuda constituía a menudo el total de su herencia, era asunto especialmente importante mantenerla o devolvérsela (Sal 68,5-6). Privarla de ello, por el contrario, era una transgresión particularmente grave, y en numerosos textos del Antiguo Testamento se advierte a los que cometen ultrajes contra las viudas que finalmente serán castigados por «el Dios de la venganza» (Sal 94,1.6).

Dado este trasfondo bíblico, ¿cuál es exactamente la opresión de los escribas descrita en Mc 12,40a? Puesto que «la casa» significa no solo el edificio en el cual se vive, sino también la propiedad que ella contiene (cf. 3,27), el texto se refiere probablemente a la apropiación indebida de los bienes que el marido ha legado a su viuda. El mecanismo exacto de esta apropiación es confuso; Fitzmyer cataloga seis posibilidades diferentes, entre las cuales prefiere la siguiente conjetura: que el escriba, actuando como notario que autentifica el documento, engaña a la viuda privándole de parte de sus bienes al cobrar abusivamente por sus servicios. Otra posibilidad consiste en que el pasaje considera la requisita forzosa de propiedades por parte de los sacerdotes, que son también escribas, por el impago de diezmos. Así pues, el pasaje marcano desenmascara la realidad brutal que pueden ocultar hermosas vestimentas y una oración impresionantemente sonora. La conclusión del texto, con el anuncio del veredicto

escatológico sobre los escribas, expone la inutilidad de este intento de camuflaje con unas palabras contenidas pero terribles, acentuadas por «estos recibirán la más dura condena».

Nuestro pasaje no implica que todos los escribas se parecieran a estos, ni es probable que todos, o incluso la mayoría, fueran así. Pero hay un agudo contraste entre el modo como las cosas parecen a la mayoría de la gente la mayor parte del tiempo y el modo como surgen en el conocimiento del profeta. A este le ha sido concedido no solo un reconocimiento atrozmente penetrante del mal que existe detrás de fachadas respetables, sino también una perspicacia que crea esperanza en el valor trascendente de los actos diminutos apenas perceptibles de caridad y de fe. El pasaje siguiente levantará la cortina ante una de estas preciosas acciones.

TERCERA UNIDAD (12,41-44)

- Tras haber predicho el juicio escatológico de los escribas que devoran las casas de las viudas (12,38-40), Jesús torna ahora su mirada al presente y se detiene en el tema de la viuda pobre, emitiendo un veredicto positivo sobre la acción piadosa de dicha persona. El pasaje se divide en dos secciones principales: la descripción de la gente que llega para contribuir al tesoro de Templo (12,41-42) y el comentario de Jesús sobre los contribuyentes (12,43-44). Retóricamente, la viuda no entra en el cuadro hasta que sus compatriotas ricos han sido presentados; así pues, en esta sección del evangelio (cf. 12,38-40), el primero se convierte en el último y el último, en el primero.
- 12,41-42: Después de una larga serie de enseñanzas (11,27-12,40), pronunciadas presumiblemente de pie, Jesús *se sienta* frente al tesoro del Templo para observar y obtener una lección de los variados contribuyentes a la riqueza del santuario (12,41a). El método retórico aquí empleado encaja en un modelo profético de *observación crítica y comentario negativo* sobre lo que pasa en el Templo de Jerusalén (cf., por ejemplo, Jr 7 y Ez 8, y también Mc 11,11.17). El hecho de estar sentado puede ser significativo, tanto porque la posición puede llevar una connotación de *juicio*, como porque tal postura en el recinto sagrado puede haber sido una afirmación implícita de *autoridad*. Jesús contrasta a mucha gente rica ocupada en actos ostentosos de caridad (cf. Mt 6,2) con una persona solitaria, una viuda pobre, que llega discretamente, hace su donativo y, al parecer, se marcha (12,42). Esta discreta viuda es *la contrapartida* no solo de la gente rica en la perícopa presente, sino también de los escribas en la anterior que procuran llamar la atención (12,38-39). La antítesis entre ella y los donantes ricos de la escena queda acentuada deliberadamente: muchos ricos echaban una cantidad grande y una viuda pobre echó una cantidad mínima. Este contraste se extiende a los tiempos verbales: imperfecto plural para los ricos, que significa *contribuciones continuadas*, a diferencia del aoristo singular para la viuda, que connota *un único acto*. La viuda echa en su insignificante contribución, que emplea *la moneda más pequeña en circulación*.
- 12,43-44: Jesús convoca a sus discípulos (12,43a) para emitir un juicio que prefigura la sentencia escatológica que oirán algún día tanto la viuda como los donantes ricos: la mujer ha dado más que todos ellos juntos (12,43b). La introducción a este veredicto con la fórmula «En verdad [Amén] os digo» le confiere solemnidad y autoridad escatológica.

La lección que Jesús desea que aprendan sus discípulos se explica con detalle en la conclusión del pasaje, donde se observa que el rico ha dado de lo que le sobra, mientras que la viuda pobre había contribuido con todo lo que tenía (12,44). Lo crucial -aprendemos aquí- no es la cantidad que uno da -o lo poco que se dé-, sino lo que te queda después; es más encomiable dar desde la pobreza que desde la abundancia. En este caso particular, lo notable del sacrificio de la viuda queda acentuado por la repetición al final: ella da todo lo que tiene, incluso todo lo que necesita para vivir (12,44bc). Recientemente, sin embargo, esta interpretación positiva de la acción de la viuda ha sido puesta en duda

por algunos exegetas. Estos comentaristas argumentan que Jesús no elogia explícitamente la donación de la viuda y que el aparente elogio es de hecho un lamento sobre *una acción necia*. En el contexto marcano, Jesús acaba de criticar ácidamente a los escribas que devoran las casas de las viudas (12,40); esta viuda pobre es un ejemplo de los que han sido engañados de este modo, al parecer por los escribas que la habían embaucado para que entregara hasta sus últimas monedas al Templo. Pero esa institución es estéril, corrupta y se encamina al juicio y la ruina (cf. 11,12-20; 13,1-2), de modo que cualquier contribución a ella es en el mejor de los casos una pérdida, y en el peor, un apoyo para un sistema podrido, opresivo y condenado. Además, cuando Jesús discutió el voto del *korban* en 7,9-13, puso la necesidad humana por encima de las ofrendas religiosas; por tanto, al descuidar sus propias necesidades para hacer una donación al Templo, la viuda muestra ser víctima de una ilusión trágica. Aunque estos intérpretes efectúen algunas buenas observaciones, su lectura parece estar catalizada menos por la lógica del texto que por una agenda política, a saber, alentar al pobre a hacerse valer ante los ricos. Aunque este objetivo sea loable, no parece ser la finalidad de Marcos; en último término no parece haber ninguna otra alternativa a la interpretación de la acción de la viuda que estimarla como loable y digna de emulación: 1) Jesús contrasta gráficamente a la viuda pobre que da todo con los ricos que donan de lo que les sobra: ella ha dado más que todos los otros juntos. Esto suena más a una alabanza que a un lamento; Jesús exalta a la viuda humilde a expensas de los ricos satisfechos. 2) Que esta es la interpretación correcta se demuestra por el hecho de que se trata de un lugar común, no solo en otros escritos cristianos (por ejemplo 2Cor 8,2-3), sino también en las tradiciones filosóficas y religiosas en el mundo entero, a saber, que el sacrificio que supone dar es de un valor infinitamente mayor para un pobre que las ofrendas de los ricos. 3) La referencia marcana a la mujer que da todo lo que tiene, incluso «cuanto tenía para vivir», es clara debido a la semejanza con Jesús mismo en el evangelio de Marcos. Jesús da también su vida entera como sacrificio (cf. 10,45; 14,22.24), y esta acción es un paradigma para todos los cristianos. En 10,21, además, Jesús manda al hombre rico que venda «todo cuanto tiene» y que lo dé a los pobres, sugiriendo así una valoración positiva de la viuda que da como limosna «todo lo que tenía».

La interpretación tradicional, por tanto, parece ser básicamente correcta: la generosidad de la viuda es loable. ¿Por qué, pues, sitúa Marcos esta historia precisamente aquí, entre la durísima crítica a los escribas voraces y la profecía de la destrucción del Templo? La viuda pobre de nuestra historia, que da su «vida» para apoyar al templo de Jerusalén, es también un prefiguración del mesías, quien, sin que ella lo sepa, elogia su acción discreta. También el mesías dará su vida para construir un templo, un santuario escatológico no hecho por manos humanas (14,58b), y esta combinación de sacrificio y construcción escatológica confundirá los modos humanos de conocimiento (cf. 12,10-11). Su muerte, sin embargo, estará también misteriosamente imbricada con la destrucción del Templo presente (cf. 14,58a; 15,37-38), acontecimiento que él profetizará en el siguiente pasaje del evangelio.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza